

libro se ha despojado casi por completo de imágenes y metáforas; el estilo es más directo, más duro, mucho más sobrio. Naturalmente, Sahagún no ha perdido ninguna de sus virtudes formales, antes al contrario, las ha pulimentado gracias a la mayor concreción de los conceptos. El libro no presenta, desde luego, la unidad temática de los dos anteriores, como se echa de ver por las características de cada una de sus partes que he procurado señalar, lo cual tal vez posibilite una infravaloración estética en relación con aquellos. En mi parecer, no obstante, la nueva entrega de Sahagún vendría a ser la primera expresión de una transformación sustancial, por más que lógica y preanunciada, cuyos efectos sobre el sentido de su poesía cabe calificar de radicales. Sucesivas y deseables entregas reafirmarían los logros alcanzados por el poeta en esta nueva etapa de su obra, de cuya bondad estética no cabe dudar y cuya lucidez de propósitos queda clara en las siguientes palabras: «Estoy conforme con mi obra publicada, en cuanto responde a una situación individual que creo puede resultar transferible a otras conciencias, convocándolas a acompañarme en ese proceso de desvelamiento de la realidad colectiva que, como queda dicho, me parece fundamental hoy. Si existe evolución, ésta viene marcada por una mayor madurez intelectual y una visión más clara de los problemas que plantea la interrelación del tiempo histórico y el tiempo personal». ■ MARTIN VILUMARA.

teatro español de nuestros días.

El trabajo —incluido en la serie «Nuestros contemporáneos», de Dopesa—, resulta muy sugestivo, aunque, lógicamente, este condicionado por los límites del método elegido. La vida de Marsillach aparece como una noticia, como algo que está sucediendo en un lugar y un contexto determinados, sin que el biógrafo se meta en averiguaciones que sobrepasen lo ostensiblemente inmediato, con lo que, ya digo, el libro gana en «incuestionabilidad», en documentalidad, lo que pierde en exploración de nuevas significaciones.

Por lo demás, es obvio que Marsillach es una de las figuras fundamentales del teatro español contemporáneo. Su creciente concienciación artística e ideológica, sus logros y sus frustraciones exceden la anécdota biográfica para conectar con las sucesivas situaciones y posibilidades de nuestra vida teatral. Y, por lo tanto, de nuestras realidades sociopolíticas.

Este sería quizá uno de los aspectos fundamentales de la biografía de Marsillach. Su carácter de arquetipo, de modelo, de las posibilidades de nuestra escena

profesional. Decir que el trabajo de Marsillach tiene tales o cuales límites, tales o cuales contradicciones, sería señalar los límites y contradicciones insalvables de quien ha querido dirigirse al gran público y moverse dentro de una realidad teatral antes que en sesiones únicas o declaraciones de propósitos. Marsillach, como hombre de teatro, como hombre de televisión y no sabemos si a partir de «Flor de santidad» como realizador cinematográfico, ha llegado a los techos de nuestro «status». Pensemos, por ejemplo, en sus cuatro series televisivas, culminadas en aquella «Habitación 508», el único intento por llevar el «absurdo» —después de sus tres series anteriores, decididamente críticas— a los guiones de nuestra modesta Televisión Española, y fin, por ahora, de su trabajo en este medio, o en sus montajes teatrales de «Marat-Sade» o el «Tartufo», importantes, sobre todo el primero, desde un punto de vista artístico, y ligados a una serie de incidencias muy precisas de nuestro proceso político. Hasta el extremo de conocer ambas irregulares interrupciones de sus representaciones cuando aún

era mucho su futuro público potencial.

El libro de Gonzalo Pérez de Olaguer no es un libro laudatorio. Es obvio que Marsillach goza de las simpatías de su biógrafo. Pero éste se esfuerza en recoger los «cargos» que normalmente pesan sobre el actor y en enfrentarlos con la realidad, para que el lector se pronuncie en última instancia sobre su justicia o su torpeza. Muchas de las acusaciones acaban, por lo demás, perdiendo su sentido. Por ejemplo, ¿hubiera aceptado el actual aparato del teatro español un «Sócrates» cuya adaptación no procediese de Llovet y cuyo montaje e interpretación no fuesen de Marsillach? ¿Cabe acusar al primero de «ambiguo» y al segundo de «divo», sin advertir que estas calificaciones son las que han hecho posible ese mismo «Sócrates», sobre el que acaba emitiéndose un juicio favorable? ¿No han sido esta «ambigüedad» y este «divismo» dos elementos sustanciales para salvar la barrera de censura y la empresarial?

Estaríamos, en suma, ante una de las «contradicciones» de toda nuestra mejor y más resonante actividad teatral. El problema estaría, en

última instancia, como el propio Marsillach dice, en el uso que se hacía de ese divismo, en qué obras potenciaba. Lo otro, imaginar en la estructura teatral de hoy y en la mentalidad del público actual un teatro sin nombres, sería una petición teórica de muy difícil concreción práctica. Como lo es querer hacer teatro sin censura y sin tantas de las cargas que de un modo real lo lastran.

La posición de Marsillach —y ésa sería su grandeza y su miseria de hombre del teatro español de las últimas décadas— habría sido la de aceptar las concesiones «inevitables», para ser cada vez más libre y más riguroso en lo «evitable». No sé si es poco o mucho. Lo que parece claro es que si se es «hombre de teatro» en activo, no se puede ser más. ■ J. M.

Agonía del autoritarismo católico

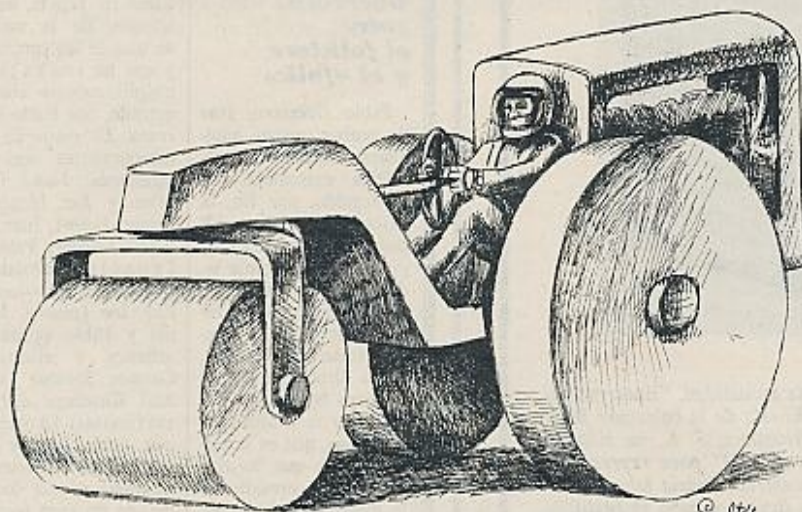
El discutido párroco de la localidad de Gallifa, cerca de Barcelona, Josep Dalmau, ha publicado en la Editorial Ariel un libro, que ha pasado demasiado desconocido por los lectores españoles, sobre

la crisis agónica del autoritarismo dentro de la Iglesia católica.

Este libro tuvo unos avatares curiosos: un año estuvo secuestrada la edición en catalán, que luego se permitió, y durante otro año lo tuvo retenido la curia romana, porque algunos bondadosos españoles lo habían denunciado al antiguo Santo Oficio como herético. Pero después de este año salió el libro ileso de la prueba, y se publicó en castellano sin censura eclesiástica. Aunque, ingenuamente, su autor sustituye el «nihil obstat» oficial de la Curia diocesana por un juicio favorable pluralista de varias personas católicas significadas (y no católicas, pero creyentes) acerca del libro. Le parece más importante al autor el «nihil obstat» del pueblo de Dios que el de la autoridad dentro del pueblo de Dios. Con ello se hace deudor de su misma tesis de la agonía del autoritarismo católico.

Es un libro sencillo, popular, pero escrito con seriedad, y cuya tesis fundamental es el tender a una Iglesia sin obediencia exteriorista, sino en comunión de ideales y de anhelos centrados en la figura del fundador del cristianismo.

Yo creo que esta tesis es totalmente verdadera. Y debemos favorecer esta tendencia, a la que tenemos que acercarnos lo más posible, limpiando las estructuras externas de la Iglesia de todo freno a esta actitud abierta de comunión vital, y no de imposición exterior. Recuerda el autor de este libro que «la autoridad de la fe tiene mayor fuerza que la fe en la autoridad». Es ésta una profunda verdad, que fue subrayada por Pío XII en uno de sus famosos discursos, cuando dijo que en el mundo actual teníamos los creyentes que confiar más en la fuerza de la verdad que en nuestro combate por defender la verdad, imponiendo al error toda suerte de



Adolfo Marsillach

Gonzalo Pérez de Olaguer ha intentado, manejando datos, seleccionando recortes de críticas y entrevistas, recogiendo recuerdos, desentrañar la personalidad de Adolfo Marsillach y su significado dentro del